

DARIO MOLLA, S.J.
Delegado de la Provincia de Aragón en la CG 34.
Redactor de la Revista MANRESA (Madrid)

EL «SENTIDO VERDADERO» EN EL SERVICIO DE LA IGLESIA SEGUN LA CONGREGACION GENERAL 34.^a DE LA COMPAÑIA DE JESUS

Si algo llamó poderosamente la atención en los documentos preparatorios y previos a la Congregación General 34^a de la Compañía de Jesús¹ fue la ausencia casi total de referencias a la Iglesia y a las relaciones entre la Iglesia y la Compañía. ¿Olvido?, ¿prudencia?, ¿táctica sutil? El hecho fue que sólo unos pocos de los más de seiscientos postulados presentados por las diversas Provincias hacían de este tema su objeto central².

Apenas la Congregación dio sus primeros pasos se vio que esa ignorancia del tema ni era reflejo del estado de ánimo de los Delegados, ni era la actitud que la asamblea iba a hacer suya. Cuando se decidió la creación de comisiones de trabajo sobre los temas que preocupaban a los congregados hubo una amplia mayoría de opinión favorable a crear una comisión que estudiase con detenimiento el tema de la relación Iglesia-Compañía y de la vivencia «eclesial» de los jesuitas, aunque sin prejuzgar de entrada si habría o no un pronunciamiento explícito de la

¹ En adelante, CG 34.

² Ver al respecto el comentario de Isidro González Modroño en su introducción al Decreto 11 de la CG 34 «El sentido verdadero que en el servicio de la Iglesia debemos tener», en la edición de los Decretos hecha por las editoriales Mensajero y Sal Terrae en 1995. En adelante citaremos esta edición como EdMST 95.

Congregación al respecto en forma de decreto, declaración o similar. Eramos conscientes no sólo de estar ante un tema clave del carisma ignaciano y del ser de la Compañía, sino también de que ésta era una cuestión vivida con dificultad por muchos de nosotros y por bastantes compañeros y compañeras de espiritualidad y misión, por lo que una iluminación de la misma por la Congregación podía ser pertinente y útil.

Todo ello abocó a un tratamiento de la cuestión eclesial tan amplio como impensable viendo los documentos previos a la Congregación. No es sólo que al final hubiese un decreto³ sobre «El sentido verdadero que en el servicio de la Iglesia debemos tener», sino que es impresionante la cantidad de las referencias «eclesiales» que aparecen en el conjunto de los documentos de la Congregación y que reflejan una gran sensibilidad respecto al tema. El resultado de todo ello es estimable y merecedor de una reflexión de una cierta exhaustividad. Esta es la pretensión básica de este artículo.

La CG 34 aporta, en mi opinión, una interpretación muy sugerente sobre qué significa hoy, para los jesuitas y para quienes comparten con ellos espiritualidad y misión, «sentir en la Iglesia militante». No en el sentido de hacer una interpretación histórica o literaria, ni siquiera una exégesis, de las famosas «Reglas»⁴ del libro de los Ejercicios, pero sí en cuanto que proporciona una actualización vital de las exigencias básicas que esas reglas comportan en la Iglesia y el mundo de hoy. Dicho de otro modo: desde la vivencia interior de las «Reglas» ignacianas, la CG 34 ha querido situarse ella misma y ayudar a otros a vivir el servicio a la Iglesia de hoy. Pretendo exponer en estas páginas lo que la Congregación entiende que debe ser hoy «el sentido verdadero en el servicio de la Iglesia», las características y rasgos que deben caracterizar y servir verdaderamente a la Iglesia en nuestro tiempo desde el carisma y la espiritualidad ignacianos.

1. LOS PUNTOS DE ARRANQUE

En su reflexión inicial la CG 34 partió de una convicción, un deseo y un diagnóstico ampliamente compartidos.

³ El n.º 11 en la EdMST 95.

⁴ Ejercicios Espirituales de San Ignacio, n.º 352-370.

La convicción era que la profunda vinculación afectiva y efectiva a la Iglesia debe ser hoy, como lo ha sido siempre, característica de lo ignaciano y de la Compañía de Jesús. El P. Kolvenbach lo afirmaba con rotundidad en la Audiencia del Papa al comienzo de la Congregación: «Con la entera Compañía de Jesús, de la que es al mismo tiempo representante y autoridad suprema, la Congregación sabe que es de la Iglesia, permanece en la Iglesia y se ofrece a la Iglesia...»⁵.

Palabras seguidamente recogidas y subrayadas por Juan Pablo II:

«... habéis declarado que la Compañía es, sin reticencias, parte de la Iglesia, en la Iglesia y por la Iglesia»⁶. Sin duda ninguna, palabras sentidas por todos los presentes. Prueba de ello es esta solemne afirmación hecha semanas más tarde por la Congregación al comienzo de su Decreto 11:

«La CG 34 reafirma esta larga y permanente tradición de servicio, propio de la Compañía, servicio que abrazamos no sólo como religiosos sino, de manera especial, en virtud del cuarto voto de obediencia al Papa circa misiones»⁷.

Pero esa convicción, vivida en el seno de sociedades para las que la vivencia de Iglesia es cuando menos problemática, se transformaba, de inmediato en un deseo: el deseo de ayudar a vivirla, a jesuitas y no jesuitas, con más paz interior, y el deseo de contribuir a acercar Iglesia y sociedad; el deseo, en definitiva, de que esta afirmación sincera no enmascarase ni ocultase problemas reales. «Nuestro cariño a la Iglesia y nuestro cariño al hombre y a la mujer de nuestro tiempo nos deben animar a acercarlos. Tarea nada fácil en una sociedad con tanto rechazo a la institución Iglesia como la nuestra, pero muy coherente con la “preocupación eclesial” de la Congregación»⁸. El talante que adoptó la Congregación para afrontar este problema, talante adoptado también para la mayoría de sus pronunciamientos, fue sapiencial más que profético⁹.

⁵ Ver EdMST 95, p. 444.

⁶ Ver EdMST 95, p. 447.

⁷ CG 34, D. 11, n.º 1, EdMST, p. 263.

⁸ PETER HANS KOLVENBACH, «Por una cultura del diálogo y la solidaridad. ¿Hacia dónde nos llama la CG 34 a los Centros?», conferencia en Zaragoza, 10-09-1995, publ. en *Información SJ*, n.º 51, p. 162.

⁹ «En sus documentos esta asamblea, más que la expresión de una profecía sorprendente y acusadora, ha querido ser el reflejo casi inconsciente de una nueva época más sapiencial para la Iglesia», dice VALENTÍN MENÉNDEZ, SJ, en su artículo «Ecclesialidad desde la experiencia de la Congregación General XXXIV», publicado en la revista *Manresa*, n.º 264, julio-septiembre 1995, p. 259.

Como resultante de todo ello, «... se viene a decir, en primer lugar, que hoy es necesario acentuar de nuevo esta característica de siempre de la espiritualidad ignaciana. Y, en segundo lugar, que no es fácil tener un "verdadero sentido del servicio a la Iglesia" hoy»¹⁰.

Se partió también de un diagnóstico. Por supuesto, había multiplicidad de diagnósticos iniciales, tantos casi como congregados y en relación con la multiplicidad de situaciones representadas en el aula. Pero poco a poco fueron confluyendo en uno global que, en primera instancia, formuló el documento «De Statu»¹¹ y, posteriormente, en breves formulaciones, el propio Decreto 11 sobre «El sentido verdadero ...». ¿Cuáles eran los síntomas detectados?

Se detectaba una sensación básica de lealtad a la Iglesia¹², lealtad que ha culminado en estos años en

«...el heroísmo de muchos de nuestros hermanos que han sufrido y muerto por su fidelidad a la Iglesia...»¹³.

Los números 2 y 3 del decreto enumeran diversas y concretas formas de servicio a la Iglesia por la Compañía de hoy. En nuestro ser Iglesia los jesuitas nos percibíamos más humildes y más abiertos a nuevas formas de colaboración. Las relaciones con la Santa Sede son literalmente calificadas por el «De Statu» como «normales y sanas»¹⁴ y se constata que «El Santo Padre continúa dando misiones a la Compañía: Rusia, Albania, Camboya, China...»¹⁵.

Pero también hay oscuridades en el diagnóstico. La que más preocupaba era «... un distanciamiento afectivo y existencial que sin llegar al conflicto expreso, estuviese debilitando el sentido de pertenencia y la conciencia de ser de la Iglesia, con la Iglesia y para la Iglesia»¹⁶, una es-

¹⁰ Artículo citado de VALENTÍN MENÉNDEZ, p. 257.

¹¹ Se llama así el documento-informe que sobre la situación de la Compañía elabora una comisión elegida por la Congregación a tal fin. Dicho documento no es público, pues su finalidad es de uso interno de la Congregación.

¹² «Pareció claro a la comisión que ha habido y hay una general lealtad de la Compañía a la Iglesia, a pesar de los posibles conflictos y tensiones con la Jerarquía, e incluso a pesar del distanciamiento que haya podido darse», afirma ISIDRO GONZÁLEZ MODROÑO, miembro de la comisión, en su introducción al Decreto 11 en la EdMST 95, p. 260.

¹³ CG 34, D. 11, n.º 4.

¹⁴ Informe «De Statu», p. 13.

¹⁵ Informe «De Statu», p. 16.

¹⁶ Así lo expresa ISIDRO GONZÁLEZ MODROÑO en su introducción al Decreto 11 de la CG 34, en la EdMST 95, p. 258.

pecie de constante «sí, pero» que podía ser signo de ambigüedad y desafección. Siguen, asimismo, perviviendo en nosotros actitudes de orgullo y de superioridad respecto a otros. En lo que respecta a la relación con la Santa Sede se apuntaban en el «De Statu» unas «áreas sensibles» en las que subsisten tensiones: las publicaciones, las áreas de enseñanza teológica, las cuestiones de opinión pública...¹⁷.

Las tensiones que aparecen en la relación Iglesia-Compañía eran percibidas con frecuencia por la Congregación como reflejo de las propias tensiones intraeclesiales¹⁸, e inevitables cuando se quiere ser fiel a un tiempo al propio carisma y a los signos de los tiempos: «Por doloroso que sea, hay que aceptar que ciertas tensiones y perplejidades, muy probablemente, son signo de verdadero sentido en el servicio de la Iglesia...»¹⁹.

Puestas así las cosas, desde la convicción, el deseo y el diagnóstico apuntados, ¿cómo entendió la Congregación las exigencias del ignaciano «sentir en la Iglesia hoy? Vamos a intentar formularlo atendiendo, como creo que se debe hacer, no sólo al Decreto 11 «El sentido verdadero que en el servicio de la Iglesia debemos tener», sino al conjunto de textos de la Congregación. Al conjunto de textos precisamente porque se ha querido que este «sentido verdadero» sea un «eje transversal» que impregne el conjunto de tomas de postura respecto a las más diversas cuestiones.

2. CARACTERÍSTICAS HOY DE UN «SENTIDO VERDADERO» EN EL SERVICIO DE LA IGLESIA

Me permito, en un atrevimiento que creo razonable en aras de claridad expositiva, agrupar en siete estas características. Pido al lector que conceda una importancia sólo relativa al orden en que las coloco. Tras enumerarlas, las desarrollaré someramente.

Podemos enunciarlas de este modo:

1. Amor que discierne.
2. Servicio creativo en la misión.

¹⁷ Informe «De Statu», pp. 14-15.

¹⁸ Ver al respecto los n.ºs 6 y 13 del Decreto 11.

¹⁹ Lo afirma ISIDRO GONZÁLEZ MODROÑO en su artículo «Sentir con la Iglesia. A la búsqueda del verdadero sentido en el servicio de la Iglesia», publicado en la revista *Sal Terrae*, n.º 982, septiembre 1995, p. 627.

3. Situarse en frontera y humildad.
4. Potenciar nuevos protagonismos en la Iglesia.
5. Trabajar por una nueva catolicidad.
6. Diálogo como manera de ser Iglesia.
7. Sensibilidad ante los signos de los tiempos.

1. *Amor que discierne*

La Congregación habla de que

«... el servicio ignaciano de la Iglesia no es una lección de historia. Es un profundo lazo místico que trasciende las particularidades de sus orígenes históricos en la Iglesia del siglo XVI»²⁰.

Y la primera propuesta que la CG 34 hace para recuperar nuestro «sentido verdadero» en la servicio de la Iglesia es, sin duda, recuperar la dimensión «mística» de nuestra vivencia eclesial. Con ello nos situamos donde Ignacio se situó y nos capacitamos también para la auténtica libertad con que Ignacio vivió su relación con la Iglesia.

Esa vivencia mística tiene como núcleo un amor a la Iglesia que es inseparable del amor a Cristo²¹ y que sitúa la relación afectiva como modo primero de relación entre el creyente y la Iglesia. El «*sentire cum Ecclesia*» está animado siempre por un profundo «*sentire cum Christo*»²². Y esa unión de Cristo y la Iglesia, percibida en el amor, nos lleva al convencimiento de que es el Espíritu de Jesús quien guía y anima a la Iglesia²³. No podemos desdeñar este dato de fe cuando debemos discernir posibles conflictos. Reiteramos con ello un «osado acto de confianza» de Ignacio:

«Deberíamos recordar que Ignacio hizo un osado acto de confianza en el Señorío de Cristo sobre la Iglesia cuando puso la Compañía al servicio del papado del siglo XVI: fue un gesto dramático que mostró que, en la tradición ignaciana, el servicio humilde de Cristo es inseparable de un amoroso servicio de la Iglesia»²⁴.

En esta lógica resulta muy sugerente la aportación de González Modroño cuando resalta la vinculación que existe en la experiencia igna-

²⁰ CG 34, D. 11, n.º 16.

²¹ D. 11, n.º 20.

²² CG 34, D. 6, n.º 24.

²³ CG 34, D. 11, n.º 22, y D. 26, n.º 11.

²⁴ CG 34, D. 6, n.º 24.

ciana de Ejercicios entre la Contemplación para alcanzar amor y las Reglas para sentir con la Iglesia. Ambas forman parte del bagaje que Ignacio quiere proporcionar al lanzar al ejercitante a la vida. «Contemplar alcanzando amor cómo la Iglesia es un cauce real del amor de Dios...»²⁵ «... y como lugar en el que amar (entregarse amorosamente como respuesta al amor recibido) a Dios»²⁶. Esa especie de «conocimiento interno de la Iglesia» es el elemento básico de todo discernimiento.

Esa actitud básica y fundamental de amor entrañable a la Iglesia de Cristo es no sólo la que inicia, sino la que demanda muchas veces el discernimiento para descubrir en cada circunstancia el mejor servicio en que debe concretarse el amor, del mismo modo como el amor a Cristo en los Ejercicios impulsa el discernimiento para encontrar el mejor servicio al «sumo capitán y señor nuestro» (Exerc 136):

«Si nuestro amor a Cristo, inseparable de nuestro amor por su esposa la Iglesia, nos empuja a buscar la voluntad de Dios en cada situación, puede también obligarnos a asumir una actitud de crítica constructiva basada en la oración y el discernimiento...»²⁷.

Un discernimiento... que puede acabar en el silencio. En uno de los párrafos más expresivos del decreto sobre sentir con la Iglesia se afirma:

«...si hay un tiempo para hablar, puede haber también un tiempo para callar, escogido en discernimiento o impuesto por la obediencia. Porque si hay un tiempo para la representación, lo hay también para la abnegación de nuestro entendimiento y voluntad que nos abre a una nueva manera de ver, a través de las nubes del sufrimiento y la incertidumbre, una verdad y una sabiduría más alta, la de la Cruz»²⁸.

Fue éste un párrafo que suscitó una importante y honda discusión en el aula, después incluso de la aprobación inicial del decreto. Pero tras ella, y con plena conciencia de su contenido, la Congregación no renunció a una afirmación ciertamente chocante para nuestra sensibilidad, pero muy legitimada por nuestra tradición e historia espiritual.

Supuesto este cariño lúcido por la Iglesia que debe concretarse en el discernimiento del mejor servicio a la misma en cada circunstancia, las

²⁵ ISIDRO GONZÁLEZ MODROÑO, *Introducción al D. 11 de la CG 34*, EdMST 95, p. 260.

²⁶ ISIDRO GONZÁLEZ MODROÑO, «Sentir con la Iglesia. A la búsqueda del verdadero sentido en el servicio de la Iglesia», art. en la revista *Sal Terrae*, septiembre 1995, p. 632.

²⁷ CG 34, D. 11, n.º 20.

²⁸ CG 34, D. 11, n.º 17.

siguientes características de nuestro sentir en la Iglesia serán, al mismo tiempo, los ejes básicos de ese discernimiento.

2. *Servicio creativo en la misión*

La CG 34 fue claramente una Congregación «misionera», más preocupada por la misión de la Compañía que por la situación interior de la misma. Incluso de una tarea a primera vista tan interna como la revisión de las Constituciones y del derecho propio de la Compañía se ha podido decir que «...ésta era la única finalidad de todo este trabajo legislativo: asegurar un cuerpo apostólico dispuesto para la misión que se le diera»²⁹. También la eclesiología de la Congregación ha hecho hincapié, ya desde los decretos primeros, en una Iglesia que no es para sí misma, sino para el Reino:

«La Iglesia, cuya misión compartimos, no existe para ella misma, sino para la humanidad, proclamando el amor de Dios y derramando luz sobre el don interior de este amor. Su fin es la realización del Reino de Dios en toda la sociedad humana, no sólo en la vida futura, sino también en la presente»³⁰.

La Compañía, misionera ella misma en su esencia constituyente³¹, «fundada principalmente para emplearse en la defensa y propagación de la fe y en el provecho de las almas en la vida y doctrina cristiana...»³², vive su misión como participación y servicio a la misión de la Iglesia y hace de ese servicio a la misión eclesial rasgo primordial y distintivo de su sentir con la Iglesia: es un «sentire cum Ecclesia in missione»³³. Lo cual es, a su vez, rasgo esencial de la identidad jesuita:

«...Este servicio será cristiano solamente si está anclado en la fidelidad a Aquel que hace nuevas todas las cosas. Será jesuítico solamente si está en unión con el sucesor de Pedro. Porque ésta es la unión que nos ha dado siempre la seguridad —más aún, el signo visible— de nuestra comunión con Cristo, primero y supremo jefe de su Compañía, la Compañía de Jesús»³⁴.

²⁹ P. KOLVENBACH, «Alocución a la Conferencia de Provinciales europeos en Manresa, 29 de octubre de 1995», publicada en *Información SJ*, n.º 53, enero-febrero 1996, p. 6.

³⁰ CG 34, D. 2, n.º 3. Ver también D. 1, n.º 8, y D. 6, n.º 3.

³¹ «Como compañeros de Jesús, nuestra identidad es inseparable de nuestra misión»: CG 34, D. 2, n.º 4.

³² Fórmula del Instituto aprobada por Julio III en 1550, n.º 1.

³³ CG 34, D. 2, n.º 20.

³⁴ CG 34, D. 11, n.º 28.

Esta convicción la expresaba ya el P. General en su saludo al Papa, al comienzo de la Congregación: «Este recurrir al Pastor Universal es de particular importancia... de modo que en esta misión evangelizadora la Compañía de Jesús sirva a la Iglesia en orden a la salvación del mundo y para que —como con confianza humilde y con humildad constante escribe Ignacio— su divina y suma Majestad se sirva de esta mínima Compañía (Cons 190)»³⁵.

El servicio, rasgo distintivo de la espiritualidad ignaciana, es el contenido básico de la relación con la Iglesia; servirla en su misión, como expresión concreta del servicio a Cristo: «... servir solamente al Señor y a su Esposa la Iglesia bajo el Romano Pontífice»³⁶.

Este servicio plantea una doble pregunta al jesuita concreto y a la Compañía: la pregunta de la obediencia y la pregunta de la creatividad. Se trata de saber, sí, lo que la Iglesia desea de la Compañía en un determinado momento; pero se trata también de ofrecer a la Iglesia una aportación genuina y específica según nuestro carisma. Así de claro lo planteaba el propio Juan Pablo II en su alocución al comienzo de la Congregación: «Esta Congregación General tiene, sin duda, una importancia particular en el momento histórico en que nos encontramos por estar consagrada esencialmente a discernir la contribución específica que vuestro Instituto está llamado a ofrecer a la nueva evangelización en el umbral del tercer milenio cristiano...»³⁷. También la voluntad incondicional de servicio, como el amor, exige discernimiento, búsqueda y creatividad. La llamada al servicio es, inseparablemente, llamada al discernimiento:

«... todos estamos llamados a ser servidores de la misión universal de Cristo en la Iglesia y en el mundo de hoy, a adaptar las prioridades apostólicas de la Compañía a nuestras respectivas situaciones culturales y a nuestro modo de proceder»³⁸.

Esta llamada a la creatividad en el servicio es una llamada importante y específica de esta Congregación³⁹ y fue la que estuvo en el origen

³⁵ P. KOLVENBACH, *Saludo en la Audiencia con el Papa del 5 de enero de 1995*, en CG 34, EdMST 95, p. 445.

³⁶ Fórmula del Instituto aprobada por Julio III en 1550, n.º 1.

³⁷ Alocución de Juan Pablo II el 5 de enero de 1995, en CG 34, EdMST 95, p. 448.

³⁸ CG 34, D. 1, n.º 8.

³⁹ Ver, al respecto, cómo se concreta para los sacerdotes jesuitas en el n.º 13, del Decreto 6.

de la redefinición que la propia asamblea hizo de la misión actual de la Compañía en términos de justicia, inculturación y diálogo.

3. *Situarse en frontera y humildad*

Para el discernimiento requerido por el servicio la CG 34 recuerda, y renueva, un criterio derivado del carisma y de la historia de la Compañía: el servir en frontera. Es éste también un rasgo básico de nuestro «sentir con la Iglesia», de nuestro amor a la Iglesia: queremos hacerla presente donde más dificultad hay para ello. Es un amor y un servicio que quieren asumir los riesgos de la frontera. Nos sentimos llamados a querer y servir a la Iglesia de esa manera peculiar que es arriesgar por ella.

Recordando la fuerza que ello tenía para los primeros jesuitas, la CG 34 usa una hermosa cita del P. Jerónimo Nadal: «La Compañía se preocupa de las personas por quienes nadie se preocupa o que son poco atendidas. Esta es la razón fundamental de la fundación de la Compañía, ésta es su fuerza, ésta es su dignidad en la Iglesia»⁴⁰. Y la relee y reinterpreta para nuestro tiempo:

«Este espíritu continúa conformando la actividad sacerdotal de la Compañía: su ministerio se dirige principalmente a quienes no han oído la Buena Nueva; a quienes se hallan en los confines de la Iglesia y de la sociedad; a aquéllos a quienes se niega su dignidad; a los sin voz y sin poder; a los débiles en la fe o a los alejados de la fe; a aquéllos cuyos valores flaquean a causa de la cultura contemporánea; a quienes acarrear un peso superior a sus fuerzas...»⁴¹.

Esta opción de la Compañía por situarse en la frontera ha sido asumida y bendecida por la Iglesia jerárquica y renovada recientemente tanto por Pablo VI, en su alocución a la CG 32 el 3 de diciembre de 1974⁴², como por Juan Pablo II cuando se dirigió a la CG 34 recogiendo literalmente las palabras de su predecesor⁴³. Es, pues, ésta una opción, una elección, que «militan dentro de la santa madre Iglesia jerárquica» (Exerc 170).

⁴⁰ MHSI Nadal V-II, p. 126 [316], citado en CG 34, D. 6, n.º 11.

⁴¹ CG 34, D. 6, n.º 12.

⁴² «Dondequiera que en la Iglesia, incluso en los campos más difíciles y de primera línea, en los cruces de las ideologías, en las trincheras sociales, ha habido o hay confrontación entre las exigencias urgentes del hombre y el mensaje cristiano, allí han estado y están los jesuitas.»

⁴³ Alocución de Juan Pablo II el 5 de enero de 1995, en CG 34, EdMST 95, p. 455.

Reafirmar este modo de servir a la Iglesia y de sentir nuestro cariño por ella, ha sido en otras épocas, y lo va a seguir siendo en ésta, fuente de tensiones y dificultades. Deben asumirse sin dudar. «Cuando los jesuitas estamos comprometiéndonos y asumiendo conflictos por esta razón, estamos, en un sentido profundo, sintiendo con la Iglesia»⁴⁴.

Una manifestación concreta y pequeña, pero significativa, de esta sensibilidad de la Congregación al respecto, fue, en mi opinión, la discusión, intensa y extensa, y la decisión acerca del alcance actual del voto de los jesuitas profesos de no «pretender fuera de la Compañía prelación o dignidad alguna» (Const 817), en las que el Aula adoptó un criterio de interpretación más restrictivo que el inicialmente propuesto por la comisión encargada de la revisión del Derecho. Para muchos de nosotros esta opción ignaciana por la frontera nos hacía ser reticentes a un servicio eclesial más asociado a la «dignidad», por más que, indudablemente, hayan evolucionado los conceptos y las prácticas de las prelaturas eclesiásticas desde el siglo XVI hasta hoy.

Así se expresó la Congregación aprobando mayoritariamente una iniciativa particular de uno de los delegados:

«En total concordancia con el carisma de la Compañía y su plena disponibilidad para la misión, la CG 34 reafirma nuestra tradicional resistencia al nombramiento de Obispos jesuitas, en cuanto pueda compaginarse con la obediencia. Para San Ignacio este principio era esencial para la misión y buen ser de esta "mínima Compañía" y en modo alguno contradecía su ideal de disponibilidad para la misión. Los jesuitas debían servir a la Iglesia y al Sumo Pontífice, pero no como Obispos...»⁴⁵.

Como señala Valentín Menéndez, es «... uno de los rasgos básicos de la eclesialidad ignaciana el servir a la Iglesia sin buscar hacer carrera, sin proponerse como meta el escalar puestos de prestigio y autoridad»⁴⁶. Un rasgo que la CG 34 quiso subrayar.

4. *Potenciar nuevos protagonismos en la Iglesia*

«...El acento más típico y original de la eclesialidad señalado por la CG 34 es quizá el haber captado el momento que vive la Iglesia y el

⁴⁴ Así lo afirma ISIDRO GONZÁLEZ MODROÑO, en su *Introducción al D. 11 en la EdMST 95*, p. 262.

⁴⁵ CG 34, D. 6, n.º 31.

⁴⁶ VALENTÍN MENÉNDEZ SJ, «Eclesialidad desde la experiencia de la CG 34», art. en la revista *Manresa*, vol. 67 (1995), n.º 264, julio-septiembre 1995, p. 256.

cambio de protagonista de este tiempo eclesial»⁴⁷. Y en esa línea ha afirmado el P. Kolvenbach: «Me permitiréis que os enumere brevemente algunas de las características de ese modo de ser Iglesia que deriva de la reflexión y vivencia eclesial de la Congregación y al cual estamos retados por ella:... d) que se toma en serio el papel de los laicos en la Iglesia; e) que se “convierte” con respecto a la situación de la mujer en la Iglesia...»⁴⁸.

Uno de los temas «estrella» de la Congregación fue, tanto por las expectativas que previamente a ella había suscitado como por la atención que se le prestó, el tema de la relación de la Compañía con el laicado. Un tema cuyo resultado final es, en mi opinión, paradójico⁴⁹: en algunos aspectos concretos como el de la vinculación jurídica de laicos con la Compañía quedó por debajo de las expectativas de muchos; pero, sin embargo su enfoque y planteamiento de fondo fue más radical de lo esperado. De una colaboración con los laicos en la misión se pasa a una Compañía que se pone

«...al servicio de la plena realización de la misión de los laicos y nos comprometemos a llevarla a buen término cooperando con ellos en su misión»⁵⁰.

El proceso seguido para ello no fue otro que el «re-descubrimiento» del protagonismo de los laicos en la Iglesia. La Congregación afirma con énfasis:

«Una lectura de los signos de los tiempos a partir del Concilio Vaticano II muestra sin lugar a dudas que la Iglesia del siguiente milenio será la “Iglesia del laicado”»⁵¹.

Y este hecho no sólo es reconocido, sino valorado de forma extraordinariamente positiva:

«La Compañía de Jesús reconoce como una gracia de nuestro tiempo y una esperanza para el futuro el que los laicos tomen parte activa,

⁴⁷ Esto afirma VALENTÍN MENÉNDEZ en el art. citado anteriormente, p. 259.

⁴⁸ P. KOLVENBACH, «Por una cultura del diálogo y de la solidaridad. ¿Hacia dónde nos llama la CG 34 a los Centros?», conferencia en el Centro Pignatelli de Zaragoza el 10 de septiembre de 1995, publicada en *Información SJ*, n.º 51, septiembre-octubre 1995, p. 162.

⁴⁹ Una opinión y un comentario mucho más autorizados que los míos se pueden encontrar en el art. de MELECIO AGÚNDEZ SJ, «Colaboración con los laicos en la misión. Una mística del compañerismo», publicado en *Sal Terrae*, septiembre de 1995, pp. 611-624.

⁵⁰ CG 34, D. 13, n.º 1.

⁵¹ CG 34, D. 13, n.º 1.

consciente y responsable en la misión de la Iglesia en este decisivo momento de la historia»⁵².

Tras esa rotunda afirmación lo que procede es comenzar a sacar las consecuencias. La primera es la de señalar como prioridad para nuestro sentir hoy con la Iglesia la promoción de los laicos y la potenciación de su misión; la segunda consecuencia, lógicamente derivada, es «resituar» el papel que los jesuitas, y los presbíteros y religiosos/as en general, tienen en la Iglesia. En los textos de la Congregación dichas consecuencias se extrajeron con rotundidad:

«...necesitamos desplazar cada vez más el centro de nuestra atención del ejercicio de nuestro propio apostolado directo a la potenciación del laicado en su misión»⁵³.

«El reciente incremento de ministerios laicales en la Iglesia, lejos de ser una amenaza al servicio sacerdotal que ofrece la Compañía, corresponde a uno de los carismas fundamentales de nuestra tradición ignaciana»⁵⁴.

Y una de las agradables sorpresas de la Congregación fue el que se dedicara una atención especial a la situación de la mujer en la Iglesia y en la sociedad, atención que cuajó en un decreto, el 14, dedicado específicamente al asunto. En los documentos previos a la reunión había alusiones someras al tema de la mujer; ya desde el comienzo de la asamblea hubo vigorosas intervenciones en el Aula solicitando una atención específica a la cuestión de la mujer. En un principio se asignó a la comisión que trabajaba cuestiones referentes a Justicia el que la abordara, pero fue esa misma Comisión la que, al profundizar en el tema, planteó la necesidad de un pronunciamiento específico. La Congregación reconoce el papel de la mujer y reclama para ella un nuevo protagonismo en la Iglesia:

«La doctrina social de la Iglesia favorece la función de la mujer dentro de la familia, pero acentúa también la necesidad que la Iglesia y la vida pública tienen de su aportación...; nos urgen a cambiar de actitud y a trabajar para cambiar las estructuras...; urge traducir la teoría en práctica, y no sólo fuera, sino también dentro de la Iglesia»⁵⁵.

⁵² CG 34, D. 13, n.º 1.

⁵³ CG 34, D. 13, n.º 19.

⁵⁴ CG 34, D. 6, n.º 19.

⁵⁵ CG 34, D. 14, n.º 6.

Era inevitable que en este contexto aflorara el tema del sacerdocio de la mujer, sobre el que pronunciamientos muy recientes del Magisterio se han expresado con contundencia. La Congregación tuvo que aplicarse a sí misma a este respecto muchos de los criterios que ella misma daba en su decreto sobre «El sentido verdadero en la Iglesia». Unas breves frases del Decreto 14 reflejan esa tensión:

«...Se puede predecir que algunas otras cuestiones relativas al papel de la mujer en la sociedad civil y eclesial madurarán con el tiempo... El cambio de sensibilidad... se reflejará inevitablemente en la enseñanza y práctica de la Iglesia. En este contexto pedimos a los Nuestros que viva, como siempre, con la tensión que se da entre la fidelidad a las enseñanzas de la Iglesia y los signos de los tiempos»⁵⁶.

Toda esta reflexión sobre el creciente protagonismo eclesial de laicos y mujeres postula como parte integrante del amor y el servicio a la Iglesia, de nuestro sentir con ella, el trabajar en favor de los mismos. «Se trata de engendrar y ayudar a crecer a los protagonistas de la "Iglesia del futuro": los laicos, las mujeres, los hermanos (??), de compartir tantos liderazgos que, como sin darnos cuenta, hemos acaparado a lo largo de los siglos y de dedicarnos a lo más específico de hacer crecer a Cristo en los hermanos y hermanas... Hay que hacer el tránsito, en el clérigo, del administrador al mistagogo»⁵⁷.

5. *Trabajar por una «nueva» catolicidad*

La lectura que hace la CG 34 de la eclesiología del Vaticano II se siente especialmente atraída por la visión de la Iglesia universal como una koinonía de Iglesias locales⁵⁸. Porque es esa misma realidad la que se estaba viviendo durante la Congregación. Esta fue una asamblea universal, participaban en ella jesuitas de 60 países, en la que se sentía con fuerza la multiculturalidad de los participantes pero en la que había un fuerte sentimiento de cuerpo y una conciencia muy viva de que los retos actuales de la misión exigen una acción global. El reto que se pro-

⁵⁶ CG 34, D. 14, n.º 14.

⁵⁷ Cita de Valentín Menéndez en el art. anteriormente citado, p. 260.

⁵⁸ Ver CG 34, D. 11, n.º 8.

ponía a toda la Compañía para el futuro era el mismo que la Congregación había intentado, no sin dificultades, resolver:

«...cómo ayudar a la Iglesia a ser verdaderamente católica en la comprehensividad y variedad cultural de su práctica y de su fe...»⁵⁹.

La reflexión sobre la misión, y en particular sobre la relación entre misión y cultura, nos llamaba con fuerza a una actitud de inculturación y de inserción en las propias realidades sociales y culturales como modo y talante de evangelización. Una Congregación con fuerte representación de culturas no occidentales afirma:

«Debemos comprometernos en los caminos que llevan a la creación de Iglesias locales auténticas que puedan contribuir a la riqueza de la comunión universal de la Iglesia de Cristo. También debemos buscar la manera de crear una teología, liturgia y espiritualidad autóctonas y promover el derecho y libertad de los pueblos a encontrar el Evangelio sin convertirse en extraños a su propia cultura»⁶⁰.

Esta afirmación era vista como ineludible para poder evangelizar hoy en muchas partes del mundo.

Compaginar esto con la vivencia de universalidad, de catolicidad, se sentía asimismo no sólo como exigencia de la fe compartida, sino como demanda que nos hace la gravedad y globalidad de los problemas que sufre la humanidad y como exigencia hoy de la construcción del Reino. Sentir con la Iglesia hoy entendíamos que supone dar respuesta a la doble demanda, paradójica o en tensión, entre particularidad y universalidad. Cada cual debe ver en su propio contexto la traducción concreta de una exigencia para todos:

«Un servicio apostólico efectivo requiere también sensibilidad con respecto a la Iglesia local. Debemos promover la inculturación necesaria para la evangelización de todos los pueblos y todas las culturas. Esto significa que debemos estar enraizados apostólicamente sin que ello debilite el carácter universal de nuestra vocación y servicio... El vivir esta tensión entre lo local y lo universal no es fácil. Nuestra sensibilidad universal y global debe ser cuidadosamente alimentada, debe buscar un modo de expresarse significativamente, y debe vivirse como un reto»⁶¹.

⁵⁹ CG 34, D. 6, n.º 13.

⁶⁰ CG 34, D. 4, n.º 28.8.

⁶¹ CG 34, D. 21, n.º 3.

6. *El diálogo como manera de ser Iglesia*

El enunciado que antecede corresponde a una cita textual de la encíclica «*Ecclesiam Suam*» de Pablo VI⁶² que hace el Decreto 5 de la CG 34 sobre «*Nuestra misión y el diálogo interreligioso*»⁶³. Recoge lo que, en mi opinión, significó el diálogo para la Congregación: no sólo una apuesta para la misión, sino también una apuesta por una manera de ser y estar en la Iglesia. Así lo formula el P. Kolvenbach: «Se trata de ir más allá de cualquier diálogo concreto: se trata de promover una cultura del diálogo: "la cultura del diálogo debería llegar a ser una característica de nuestra Compañía..."»⁶⁴.

El diálogo es, sin duda, uno de los términos-clave de esta Congregación General de la Compañía de Jesús. Seguramente la convicción y la fuerza con que la CG 34 apuesta por el diálogo tiene mucho que ver con su propia experiencia como grupo y con la propia dinámica interna de la reunión, en la que se experimentaron, al mismo tiempo, las múltiples dificultades concretas del diálogo y el enriquecimiento mutuo y el gozo que proporciona el dialogar pese a dichas dificultades. Mucho de esa experiencia se expresa con profundidad teológica y lucidez en diversos textos. No es éste el momento de hacer un análisis al respecto, pero no me resisto a citar un breve botón de muestra:

«Un medio para colaborar con Dios en su misterio de salvación es el diálogo, conversación espiritual entre iguales que les lleva a descubrir el núcleo de su propia identidad. El diálogo nos pone en contacto con la acción de Dios en las vidas de otros hombres y mujeres y hace más profundo nuestro sentido de esta acción divina. Por medio del diálogo permitimos que Dios se haga presente en medio de nosotros, ya que al abrirnos unos a otros en diálogo nos abrimos también a Dios...»⁶⁵.

Esta apuesta por el diálogo, en tiempos no fáciles, de tantas intolerancias y fundamentalismos intra y extraeclesiales, se puede recoger, sin dudar, como una de las características que para la CG 34 incluye hoy nuestro amor a la Iglesia y nuestro sentir con ella. Ayudar a que, efectivamente, el diálogo sea definitorio del talante de la Iglesia tanto en las

⁶² «El diálogo es una nueva manera de ser Iglesia», Pablo VI, *Ecclesiam Suam*, n.º 63.

⁶³ CG 34, D. 5, n.º 7.

⁶⁴ P. KOLVENBACH, «Por una cultura del diálogo y la solidaridad...», en *Información SJ*, n.º 51, p. 160.

⁶⁵ CG 34, D. 4, n.º 17.

relaciones internas entre la diversidad de personas y culturas que la forman⁶⁶, como en su relación con los otros cristianos⁶⁷, con los creyentes de otras religiones⁶⁸, como con personas y culturas que están fuera de la Iglesia⁶⁹.

7. *Sensibilidad ante los signos de los tiempos*

«Sentir con la Iglesia implica, en primer lugar, participar de la sensibilidad evangélica ante los signos de los tiempos, aunque ello cuestione la literalidad de las respuestas de la tradición de la Iglesia, necesita hoy de una hermenéutica nueva. Es evidente que en este punto son inevitables las tensiones, porque también hay distintos grados de sensibilidad a la hora de valorar la tradición y de enjuiciar la situación, su urgencia y novedad, su relación con el compromiso de fe...»⁷⁰. Esta atención a los signos de los tiempos es otra de las aportaciones de la eclesiología del Vaticano II que la CG 34 ha querido recoger, plenamente consciente de que es un terreno erizado de dificultades y una fuente de tensiones:

«Atenta a esta llamada a trabajar con el Pueblo de Dios en el espíritu del Concilio Vaticano II y de las CC GG 32 y 33, y acuciada por el Papa a ayudar en la puesta en práctica del Concilio, la Compañía renueva su fidelidad a la doctrina de la Iglesia al mismo tiempo que disierne y afronta los signos de los tiempos. Pues entre estos signos se encuentran fenómenos de nuestros días que pueden presentar retos intelectuales, culturales y pastorales a dicha fidelidad»⁷¹.

Esta actitud en el sentir con la Iglesia, que se pide a todos, compromete de modo especial a los teólogos, a los estudiosos especialistas y a los creadores de opinión pública. A ellos se les anima y se les propone estas metas:

«Su misión debe asegurar que la tradición cristiana mantenga su respetabilidad como una visión coherente y válida del mundo, en diálogo con la investigación y la ciencia»⁷².

⁶⁶ «El servicio pastoral ha de preparar a nuestras comunidades cristianas para el diálogo», CG 34, D. 5, n.º 9.9.

⁶⁷ Ver el Decreto 12 de esta CG 34 sobre «Ecumenismo».

⁶⁸ De ellas habla con extensión el Decreto 5 de la CG 34: «Nuestra misión y el diálogo interreligioso».

⁶⁹ Ver el Decreto 4 de la CG 34, «Nuestra misión y la cultura».

⁷⁰ ISIDRO GONZÁLEZ MODROÑO, «Sentir con la Iglesia...», art. anteriormente citado, *Sal Terrae*, septiembre 1995, p. 629.

⁷¹ CG 34, D. 11, n.º 9.

⁷² CG 34, D. 11, n.º 12.

«...tenemos también que tratar de articular el *sensus fidelium* y ayudar al Magisterio a discernir en él los movimientos del Espíritu de acuerdo con la enseñanza del Concilio Vaticano II»⁷³.

Ello puede suponer costos y tensiones que van a exigir de quienes están en esta primera línea de reflexión «valentía, integridad y también sufrimiento»⁷⁴. Pero estas tensiones a la Congregación le parecieron irrenunciables y ayudar a vivir las a quienes las sufren fue lo que, en buena medida, motivó la aparición del decreto sobre «sentir con la Iglesia».

Llegamos con esto al final de nuestra reflexión. Creo haber podido recoger de manera sencilla y sintética lo que podríamos llamar la «vivencia eclesial» de la CG 34. En un momento eclesial no fácil, sin cerrar del todo algunas de las heridas de los últimos años, la Congregación quiso, sin embargo, y tras maduro e intenso debate sobre el asunto, hablar de la Iglesia y de la manera ignaciana de sentir con ella hoy, o lo que es lo mismo, sobre la manera ignaciana de amarla y servirla hoy. Imagino que el lector notará en los textos de la Congregación el reflejo de ambas cosas: de la voluntad de decir y de la dificultad de decir. Ganó al final la voluntad a la dificultad porque entendimos que podíamos «ayudar»⁷⁵ a nuestros hermanos y a todos aquellos y aquellas que adoptan para su seguimiento de Jesús las pautas de Ignacio. Este ha sido también el único objetivo de estas páginas.

⁷³ CG 34, D. 11, n.º 20.

⁷⁴ CG 34, D. 11, n.º 13.

⁷⁵ «La misma sencilla finalidad, ayudar a otros, espoleó a Ignacio...; la misma sencilla finalidad, ayudar a otros, continúa conformando hoy a nuestra Compañía. La revisión de nuestro Derecho y los decretos y recomendaciones de esta CG 34 brotan del deseo de ayudar a otros, como lo hizo Cristo Jesús», CG 34, D. 1, n.º 6.